

por primera vez en su vida fracasada una empresa en que había puesto empeño.

—La Fortuna me abandona— decía para sí;— pero los dioses se engañan si creen que he de resignarme á llevar una vida igual, por ejemplo, á la de este infeliz...

Y se volvió á Vinicio, quien le estaba mirando con los ojos muy abiertos:

—¿Qué tienes?... ¡Fiebre, sin duda!...— le dijo con afectuosa solicitud.

Vinicio, con voz extraña sorda, balbuciente, como de niño enfermo, contestó:

—Pero no dejo, ni dejaré nunca de creer en que Él puede devolvérmela.

Continuaba relampagueando, y se extinguían sobre la Ciudad los últimos ecos del trueno.

PARTE NOVENA

I

La lluvia, que duró tres días, fenómeno realmente extraño en Roma durante el estío, y las tempestades de granizo, fueron causa de que se interrumpieran los juegos circenses. El pueblo estaba preocupado, con tanto mayor motivo cuanto que corrían noticias no muy lisonjeras: se aseguraba que la cosecha de uva sería muy mala; atribuíanse todas las calamidades á la mano vengadora de los dioses, y cuando, una tarde, el rayo derribó y fundió la estatua de bronce de la diosa Ceres, que se veneraba en el Capitolio, convirtiéndola en lingote, se ordenó celebrar sacrificios solemnes en el templo de Júpiter Liberator. Los sacerdotes de Ceres esparcían el rumor de que los dioses estaban indignados por haberse aplazado el castigo de los cristianos, con lo cual el pueblo empezó á amotinarse, exigiendo que continuasen los juegos á pesar del mal tiempo. Así es que el alborozo fué general cuando se anunció que al día siguiente se reanudarían las inhumanas fiestas circenses.

Por los vomitorios, abiertos desde las primeras horas de la mañana, penetraron millares de espectadores. El César no tardó en llegar, acompañado de las vestales y de numeroso séquito. Por lo demás, había vuelto el buen tiempo.

Intentóse dar principio al espectáculo con un combate entre cristianos, y al efecto muchos de ellos fueron sacados á la arena vestidos de gladiadores y con armas ofensivas y defensivas, es decir, conforme aparecían los lidiadores de profesión. Pero al público le salió mal la cuenta. Los cristianos, apenas se vieron en la liza, arrojaron al suelo redes, tridentes, escudos, lanzas, espadas, y, echándose unos en brazos de los otros, empezaron á animarse para sufrir con serenidad el martirio. La muchedum-

bre fué presa de una indignación sin límites, por considerar la conducta de los cristianos como el mayor de los ultrajes. Unos la achacaban á cobardía, otros al odio contra el pueblo de que los suponían poseídos. «Se niegan á luchar para privarnos del placer que nos proporciona el espectáculo del valor y de la fuerza puestos en acción, exclamaban.»

Al fin el César dió orden de que saliesen á la arena verdaderos gladiadores, los cuales en un instante asesinaron á todos los cristianos, que oraban hincados de rodillas.

Sacados los cadáveres, empezó la representación de los cuadros mitológicos, escogidos y preparados por el mismo César. Se representó al vivo la muerte de Hércules, devorado por las llamas en el monte *Æta*. Al pensar Vinicio que el cristiano destinado á representar el papel de Hércules pudiera ser el gigantesco Oso, sintió un estremecimiento de terror; pero no le había llegado todavía el turno al fiel criado de Ligia. Fué quemado en la hoguera otro cristiano no conocido del tribuno. Mas lo eran ciertamente de Quilón las víctimas del cuadro siguiente. Representóse en él la muerte de Dédalo y de Icaro (1). Fué impuesta la interpretación del primer personaje á Euricio, aquel pobre viejo que al lado de una fuente reveló á Quilón el significado del emblema cristiano, y el del segundo á su hijo Quarto, el muchacho que le acompañó á la tahona de Demas para que pudiese hablar con Oso. Ambos fueron elevados á gran altura, mediante ingenioso aparato, y precipitados luego á la arena. El joven Quarto cayó tan cerca del palco imperial que salpicó de sangre no sólo los ornamentos exteriores, sino la púrpura que cubría el antepecho. Quilón no vió la caída porque cerró á tiempo los ojos; mas no pudo librarse de oír el choque sordo y siniestro del cuerpo, y cuando, un momento después, vió tan cerca de sí la sangre, á punto estuvo de desmayarse.

Los cuadros se sucedían con rapidez. Se vió en la arena á las sacerdotisas de Cibele y de Ceres; á las Danaides (2), á Dirce (3) y á Pasífae. Por último, unas jovencitas fueron descuartiza-

(1) La Mitología griega supone que Dédalo, autor del famoso laberinto de Creta, fué encerrado en éste con su hijo Icaro; pero habiendo salido entrambos de allí con ayuda de unas alas de cera, el segundo se acercó demasiado al sol, las alas se derritieron, y cayóse al mar.

(2) Hijas de Dánae que por haber dado muerte á sus esposos fueron condenadas á llenar de agua un tonel sin fondo.

(3) Mujer de Lico, la cual fué arrastrada por sus hijastros.

das por caballos salvajes. El pueblo celebraba las crueles invenciones del César con aplausos estruendosos; y éste, infatuado con las ovaciones, no se quitaba del ojo la esmeralda, contemplando con verdadera fruición los destrozados cuerpos y las convulsiones de las víctimas.

Siguieron á los cuadros mitológicos otros de carácter histórico. Apareció un cristiano destinado á representar al vivo el papel de Mucio Scévola. Por medio de férrea cadena, sujetósele la mano sobre llameante tripode. El olor acre de la carne quemada se difundió por todo el circo; la víctima, como el verdadero Scévola, ni siquiera lanzó un gemido: con los ojos clavados en el cielo, trémulos los labios, murmuraba una plegaria. Después diéronle el golpe de gracia y lo arrastraron al *Spoliarium*.

Llegado el mediodía, se anunció el intervalo de descanso. El César, con las vestales y los cortesanos, abandonó el anfiteatro y se dirigió á una tienda purpúrea al efecto levantada, en la cual se sirvió abundantísima comida. Casi todos los demás espectadores, siguiendo su ejemplo, salieron del circo y se desparramaron, formando pintorescos grupos alrededor de la tienda imperial, no sólo para activar la circulación de la sangre en los entumecidos miembros, sino más bien para hartarse con las viandas que centenares de esclavos distribuían por orden del César. Únicamente quedaron en el anfiteatro algunos espectadores que se las echaban de expertísimos en achaques de juegos circenses y, hollando la arena empapada en sangre, discurrían doctamente acerca de lo que hasta entonces habían visto y de lo que esperaban ver después del intermedio y en los días sucesivos. Mas no tardaron en salir también para reparar las fuerzas, y en breve no quedaron allí sino pequeños grupos de hombres que procuraban ocultarse en los pasadizos, no retenidos por la curiosidad, sino por un sentimiento de noble compasión hacia las infelices víctimas. Mientras tanto, en la arena, ya rastrillada, se abrían hoyos á poca distancia unos de otros y en hileras semicirculares y paralelas, la primera de las cuales no distaba sino algunos pasos del palco imperial. Por la parte de afuera se oían los rumores de la muchedumbre, los gritos, las aclamaciones, los aplausos; dentro se continuaba trabajando con actividad febril en la preparación de los nuevos suplicios. De pronto se abrieron las puertas de los *cuniculos* (1) y

(1) Conductos ó pasadizos subterráneos.

de todas ellas salieron á la arena grupos de cristianos casi desnudos, encorvados bajo el peso de enormes cruces: ancianos casi desfallecidos; hombres en la flor de la edad, pero demerados por los tormentos y penalidades; mujeres con la cabellera suelta, con la cual trataban en vano de cubrir pudorosamente su desnudez; adolescentes, y también niños. La mayor parte de las cruces, como las víctimas, iban adornadas de flores. Los esclavos adscritos al circo, armados de látigos, obligaban á los cristianos á dejar los maderos junto á los hoyos y á permanecer al lado, alineados. En cruz habian de morir los que por saciedad de los perros y de las fieras quedaron en los subterráneos el primer día de los espectáculos. Esclavos negros les tendian sobre los maderos, y con presteza clavábanles pies y manos, á fin de que al regresar al circo los espectadores los encontrasen ya á todos crucificados y enhiestas las cruces. Los martillazos atronaban el anfiteatro, y, repercutidos por las últimas gradas, llegaban á la tienda de campaña en donde Nerón, con las vestales y los cortesanos, se solazaba comiendo exquisitos manjares, haciendo copiosas libaciones y chanceándose de Quilón Quilónides.

Entre los que iban á sufrir el martirio aquel día estaba Crispo, muy contento de que al fin le hubiese llegado su última hora, cosa que siempre habia deseado con anhelo. Llamaba especialmente la atención su figura por lo escuálida y demarcada. Exceptuando la cintura, ceñida con una guirnalda de yedra, aparecía completamente desnudo su cuerpo. Llevaba en las sienes una corona de rosas, que no disminuía en un ápice la expresión adusta de su semblante, ni la energía inextinguible de sus ojos. Tampoco habia experimentado su corazón el menor cambio, aparte el júbilo de que se sentía invadido por la proximidad de la muerte, y de la misma manera que en el subterráneo del circo amenazaba con la cólera divina á sus correligionarios, ahora, en la arena, en vez de confortarles con palabras de amor y de esperanza, les aterrorizaba.

— Dad gracias al Redentor — decía — porque se ha dignado concederos la merced de dejaros morir como Él murió. Quizás por ello vuestras culpas os serán perdonadas. No obstante... ¡temblad! porque habiendo de triunfar la justicia, no será igual la sanción para los buenos y para los malos...

Mientras decía estas palabras, resonaban los martillazos y eran traspasados con clavos los pies y las manos de los infelices

condenados á muerte. Cada vez era mayor el número de cruces enhiestas; pero Crispo, dirigiéndose á los aún no crucificados, proseguía diciendo:

— Veo el cielo abierto sobre mi cabeza; pero también veo abiertos á mis pies los profundos abismos... Yo mismo ignoro como podré dar cuenta de mi vida al Señor, por más que he aborrecido siempre la iniquidad. ¡No me espanta la muerte, no; me espanta la resurrección! ¡No temo el martirio, sino el tremendo juicio ante la justicia divina, porque ha llegado el día de la ira!...

Interrumpióle una voz solemne y tranquila, que salió de una de las gradas más inmediatas á la arena:

— ¡No, no es éste el día de la ira, sino el de la misericordia, el de la salvación, el de la felicidad eterna!... Y en verdad os digo que Jesucristo os acogerá en su santa gloria y os consolará, sentándoos á su diestra. ¡Tened fe y no desfallezcáis en la esperanza! que las puertas del Cielo se han abierto ya para vosotros...

Al oír estas palabras todos volvieron los ojos hacia el punto de donde procedían. Hasta los ya crucificados levantaron el desencajado rostro y miraron al que habia hablado. Este les bendijo, y Crispo, que al pronto habia alzado los brazos como para reprobar al interruptor, cayó de rodillas al reconocerle, balbuceando:

— ¡El Apóstol Pablo!...

Con gran sorpresa de los esclavos que prestaban servicio en el circo, los cristianos no clavados todavía, se prosternaron Pablo de Tarso continuó diciendo:

— No les amenaces, Crispo... En verdad, todos estarán hoy contigo en el Paraíso. Temes que puedan ser condenados... mas ¿quién les ha de condenar? ¿Acaso Dios que por ellos dió la Vida de su Unigénito? ¿Tal vez Cristo que murió para redimirles, como mueren ellos ahora para atestiguar la verdad de su Doctrina? ¡Ah, no! ¡Quien ama como Él no puede condenarles! ¿Quién, pues, acusará á los elegidos del Señor? ¿Quién se atreverá á decir á esta sangre: «¡Maldita seas!»?

— ¡Señor, yo he odiado el mal! — respondió el viejo diácono.

— Cristo mandó el amor á los hombres con no menos insistencia y fuerza que el odio al mal; su doctrina es doctrina de amor, en manera alguna de odio.

— ¡He pecado en la hora de la muerte!...—gimió Crispo, golpeándose el pecho.

Uno de los guardias del anfiteatro se acercó en aquel punto al Apóstol, y le preguntó:

— ¿Quién eres tú, y quién te ha dado permiso para hablar con los condenados?

— Soy ciudadano romano— respondió con calma el Apóstol, y, volviéndose de nuevo á Crispo, añadió:

— ¡Ten fe! Este es el día de la misericordia... Siervo del Señor, ¡muere en paz!...

Dos negros se acercaron á Crispo para clavarle en la cruz; éste exclamó, mirando otra vez en torno:

— ¡Hermanos: rogad por mí!...

Y su semblante, depuesta la habitual austeridad, adquirió una expresión serena y apacible. Extendió por sí mismo los brazos sobre la cruz para ahorrar trabajo á los esclavos, y con los ojos puestos en el cielo empezó á orar. Se hubiera dicho que era insensible al dolor. Cuando le hincaron los clavos en las manos no se estremeció siquiera su cuerpo; no apareció en su rostro la menor señal de sufrimiento. Oraba cuando le clavaron los pies; oraba cuando levantaron la cruz; oraba cuando llenaron el hoyo y apisonaron la tierra al rededor del madero. Únicamente cuando la muchedumbre, alborotando y riendo, penetró de nuevo en el circo, el anciano arrugó un poco el entrecejo, como si le ofendiese que los paganos fuesen á turbar el silencio y la calma de su muerte suave y tranquila.

Ya todas las cruces estaban erguidas, y con ellas semejaba la arena espeso bosque de cuyos árboles pendiesen seres humanos. Sobre los brazos de las cruces y las inclinadas cabezas de los mártires caían los rayos del sol casi perpendicularmente, proyectando sobre la liza espesa red de sombras oscuras, por entre cuyas mallas resplandecía, por virtud del contraste, la amarilla arena. Para el pueblo, el atractivo de semejante espectáculo era exclusivamente la lentitud de la agonía, las contracciones y espasmos de los moribundos. Pero el número de cruces y de víctimas era esta vez tan grande como jamás se había visto ni siquiera soñado; tanto que los esclavos al servicio del circo pasaban con dificultad por entre las cruces. Las víctimas más cercanas á las gradas en todo el ruedo eran principalmente mujeres; pero Crispo, por ser uno de los ancianos de la comunidad, había sido colocado casi en frente del *podium*,

en una cruz enorme festoneada en su base con ramas de madre selva. Ninguno de los crucificados había entregado todavía su alma al Criador; pero algunos, ó por haber sido clavados más pronto, ó por ser más débiles, estaban sin sentido. Unos tenían la cabeza inclinada sobre el hombro ó sobre el pecho, como si durmiesen; otros, con los ojos fijos en el cielo, murmuraban plegarias; pero ninguno gemía, ninguno imploraba piedad. La muchedumbre que, ahita, ebria, alborozada, había vuelto al anfiteatro voceando alegremente, ante aquella horrenda selva de cruces, ante tantas víctimas en ellas clavadas, ante el silencio de los moribundos, ante aquel espectáculo realmente siniestro, no sabiendo siquiera adonde dirigir la mirada, permanecía silenciosa y como atónita. No se apostaba sobre quien moriría primero, como solía hacerse cuando era menor el número de los crucificados. El mismo César parecía fastidiado del espectáculo, pues volvía á uno y otro lado la cabeza, y se arreglaba el collar con una expresión muy marcada de cansancio y somnolencia.

Crispo, que estaba también como desvanecido y tenía cerrados los ojos, abriólos súbitamente y los fijó en el César. De nuevo adquirió su semblante el habitual aspecto rígido y severo, y brilló en las pupilas un fuego tan vivo que los augustales no pudieron menos de hablarse al oído, señalándolo con el dedo. El mismo César fijó en él la atención, y con olímpica indolencia se aplicó la esmeralda al ojo para ver mejor á Crispo, sobre el cual se concentraron todas las miradas de los espectadores, en medio del más profundo silencio. El austero diácono hizo un brusco movimiento, como si quisiera arrancar de la cruz la mano derecha; después, á causa de una profunda inspiración se le hinchó el pecho, delineándosele con precisión las costillas, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Ay de ti, matricida!...

Los augustales al oír el terrible ultraje, lanzado al señor del mundo en presencia del pueblo, se estremecieron; Quilón estuvo á punto de desvanecerse; al César, del sobresalto, se le cayó la esmeralda; la muchedumbre contenía el aliento.

La voz de Crispo resonaba cada vez más formidable en todo el anfiteatro:

— ¡Ay de ti, asesino de tu mujer y de tu hermano! ¡Ay de ti, Anticristo! ¡El abismo está abierto á tus plantas; la muerte extiende sus brazos para apoderarse de ti, y la tumba aguarda

con impaciencia tu cuerpo! ¡Cadáver viviente, acabarás abandonado de todos, y serás maldecido por los siglos de los siglos!

Entre tanto se esforzaba en desclavar la mano, sin duda á fin de acompañar con el ademán su amenaza; pero como no podía lograrlo, estiraba en un esfuerzo supremo todo el cuerpo, verdadero esqueleto viviente, é, inexorable como el destino, agitaba la blanca barba sobre el palco imperial, alfombrándolo con los pétalos desprendidos de la corona de rosas que le ceñía las sienes.

— ¡Ay de ti, asesino! ¡Has colmado la medida, y está próxima tu última hora!

A veces parecía que habian de tener éxito sus tentativas para desclavar la mano y extenderla amenazadora sobre la cabeza del César... Pero, de pronto, el cuerpo extenuado desfalleció, los brazos pusiéronse rígidos, la cabeza inclinóse sobre el pecho...

Había entregado su alma al Criador.

Lentamente, en el bosque de cruces, iban las victimas una tras otra cerrando los ojos para dormirse en la paz del Señor.

II

— Señor — decía Quilón; — el mar está en calma, como una balsa de aceite... Diríase que las olas dormitan... ¡Vámonos, pues, á la Hélada! Te espera allí la gloria de Apolo, triunfos y coronas; el pueblo te deificará; los dioses te recibirán en el Olimpo como un igual, mientras que aquí...

Al decir esto la mandíbula inferior le temblaba de tal suerte que salían las palabras de sus labios como sonidos inarticulados.

— En cuanto hayan terminado los espectáculos iremos allá — respondió Nerón. — He sabido que se murmura de mí y que algunos llaman á los cristianos *innocia corpora* (1). ¡Figúrate, pues, lo que sucedería si yo me marchase!... Pero ¿de qué tienes miedo, viejo chocho?...

Y arrugando el entrecejo clavaba en el griego una mirada escrutadora, como para penetrar la razón de su pavor; pero

(1) Víctimas inocentes.

en realidad, aunque afectase indiferencia, también Nerón estaba desasosegado é inquieto desde los apóstrofes de Crispo, y en toda la noche, después del espectáculo, no pudo pegar los ojos, atormentado por la rabia, la vergüenza y el miedo.

El supersticioso Vestinio, que oyó el diálogo entre el César y Quilón, mirando recelosamente á su alrededor, con aire misterioso murmuró:

— ¡Señor, no dejes de dar oídos á lo que te dice este viejo. Hay en los cristianos algo de extraordinario y sorprendente... Su dios les hace morir con serenidad, y, ¿quién te fía que no sea el suyo un dios vengativo?

— No soy yo, sino Tigelino, quien organiza los espectáculos — respondió Nerón.

— ¡Sí; yo soy quien los organiza! — exclamó el valido, que había oído las anteriores palabras — ¡Yo!... y me rio de todos los dioses cristianos. Vestinio, señor, no pasa de ser una vejiga llena de supersticiones, y ese intrépido griego se moriría de espanto con solo ver una gallina dispuesta á defender sus polluelos.

— Es muy cierto — repuso Nerón — mas procura que de hoy en adelante los cristianos lleven mordaza ó les arranquen previamente la lengua.

— De esto se encargará el fuego, ¡oh divino!

— ¡Ay de mí! — gimió Quilón.

El filósofo, desde que comenzaron los juegos circenses, ofrecía lastimoso aspecto. Los pocos mechones de cabellos que le quedaban se le volvieron completamente blancos, y su rostro reflejaba, ora el abatimiento, ora terrible agitación interior. A veces parecía imbécil, inconsciente y no respondía á las preguntas que le eran dirigidas; otras tenia arrebatos de cólera, y en sus contestaciones y réplicas llegaba á la temeridad, en términos que los augustales no se atrevían á zaherirle.

Presa á la sazón de uno de esos accesos de furor, púsose á gritar, juntando las manos:

— ¡Haced de mí lo que se os antoje; pero os juro que no mereis más en los espectáculos!

Nerón le estuvo mirando un buen rato en silencio. Al cabo, volviéndose á Tigelino, dijo:

— Procura que en los jardines esté á mi lado ese estoico; quiero ver que impresión le causan nuestras luminarias.

Al griego le aterrorizó la amenaza que vibraba en el acento del Emperador.

— Señor — balbuceó — no veré nada... no veo nada de noche...

— Alumbrarán nuestras antorchas de manera que será claro como si fuese de día — respondió Nerón, sonriendo malignamente.

Y volvióse á los augustales y empezó á platicar con ellos acerca de las carreras que deseaba organizar como remate de los juegos.

Petronio se acercó entonces á Quilón, y, dándole con la mano un golpe en el hombro, murmuró á su oído:

— ¿No te lo dije yo?... ¡No te saldrás con la tuya!...

— ¡Quiero emborracharme! — contestó Quilón, cogiendo una copa de vino. Pero no pudo llevarla á los labios.

Vestinio, para impedir que se le cayera al suelo, quitósele de las manos, y en seguida, inclinando hacia el cuitado el rostro, en el que se leían la curiosidad y el miedo, le preguntó:

— ¿Qué tienes?... Te persiguen las Furias, ¿no es cierto?...

El viejo estuvo mirándole un momento con la boca abierta, como si no hubiese comprendido la pregunta. Luego púsose á parpadear.

Vestinio repitió:

— ¿Te persiguen las Furias?...

— No — respondió Quilón; — pero ante mis ojos veo siempre la noche...

— ¿Cómo, la noche?... ¿Qué quieres decir con eso? ¡Los dioses se apiaden de ti! Pero explícame: ¿qué noche es esa, desgraciado?

— ¡Una noche horrenda, impenetrable, en el fondo de la cual se agita algo que viene hacia mí, y no sé lo que es... y me da pavor!

— ¡Siempre he creído que esos cristianos son brujos! Dime: ¿y no tienes ensueños?

— Mal puedo soñar, si no duermo siquiera... ¡Ah! jamás creí que les castigaran tan cruelmente...

— ¿Les compadesces?...

— ¿Por qué derramar tanta sangre?... ¿No oíste lo que dijo aquel viejo, en la cruz? ¡Ay de nosotros!

— Sí, lo oí — respondió por lo bajo Vestinio — pero, al fin y al cabo, se trata de incendiarios...

— ¡Mentira!

— De enemigos del género humano...

— ¡Mentira!

— De malvados que envenenan el agua de los pozos...

— ¡Mentira!

— Y degüellan criaturas...

— ¡Mentira!

— ¿Cómo se entiende?... ¡Tú mismo los denunciaste!; ¡tú los pusiste en manos de Tigelino!...

— Y por esto me envuelve la horrenda noche y viene en mi busca la muerte... Hay momentos en que me parece ser ya cadáver... y que cadáveres sois también vosotros.

— ¡Ah, no! ellos mueren... y nosotros continuamos viviendo. Pero dime: ¿qué ven los cristianos en el momento de morir?

— ¡Ven á Cristo!

— ¿Es su dios?... ¿tal vez un dios muy poderoso?...

Mas Quilón, sin contestarle, preguntóle á su vez:

— ¿Qué luminarias son esas de que hablaba el César? ¿Has oído sus palabras?...

— ¡Toma! Le he oído y sé de que se trata... Son los llamados *sarmentitii* y *semaxii*. Los cristianos condenados á este suplicio serán vestidos con túnicas oscuras impregnadas de resina, atados luego á sendos palos, y quemados vivos... ¡Con tal que su dios no castigue á Roma con alguna plaga devastadora!... ¡*Semaxii*! ¡Oh! ¡es un martirio horripilante!...

— Lo prefiero al de las fieras, porque, en medio de todo, no se derramará sangre — respondió Quilón. — Dí á un esclavo que acerque la copa á mis labios. Tengo sed; pero como me tiembla la mano, á causa de los años, derramo el vino...

Los demás augustales hablaban también de los cristianos. El viejo Domicio Afro se burlaba de ellos.

— Son tantos — decía — que sin disputa hubieran podido llevar á cabo una revolución, y bien recordaréis que llegamos á temer que se defendieran; pero el hecho es que mueren como mansos corderos.

— Esto hubiera yo deseado: que opusieran resistencia — manifestó Tigelino.

— Os engañáis — observó Petronio; — tienen armas y se defienden admirablemente.

— ¿Se defienden?... ¿cómo?...

— Con la paciencia.

— ¡Valiente manera de defenderse!

* — ¡No digo yo que no! Pero ¿os atreveríais á sostener que mueren como malhechores vulgares? Podría decirse, al verles

morir, que los criminales somos nosotros y todo el pueblo romano...

— ¡Qué estupidez! — exclamó Tigelino.

— ¡*Hic Abdera!* (1) — le contestó Petronio.

No obstante, á los demás les impresionó la exactitud de la observación, y se miraron unos á otros con asombro.

— Es indudable que hay algo de singular y extraño en su muerte — dijo uno.

— Os he dicho ya, y ahora os lo repito, que al morir ven á su dios.

Algunos angustales se volvieron hacia Quilón:

— Oye, viejo, tú que les conoces á fondo: ¿quieres explicarnos lo que ven?...

El griego, derramando por encima de su túnica el vino de la copa que en la mano tenía, respondió:

— ¡La resurrección!

Y al decir esto púsose á temblar de manera que los que estaban sentados junto á él se echaron á reír á carcajadas.

III

Como hacia algunos días que Vinicio pasaba las noches fuera de casa, pensó Petronio que habría concebido algún nuevo plan para salvar á Ligia y lo estaría tal vez realizando; pero no se atrevió á dirigirle ninguna pregunta por el temor de que su intervención, aún en forma tan vaga, pudiese serle funesta, pues el escéptico elegante se sentía en cierto modo inclinado á la superstición, ó, para hablar con más exactitud, había perdido por completo la fe en su estrella desde el fracaso de su tentativa para sacar á Ligia de la cárcel Mamertina. Tampoco tenía confianza en el éxito de los esfuerzos de Vinicio, porque, si bien la prisión del Esquilino, improvisada poniendo en comunicación los subterráneos de las casas derruidas para atajar el incendio, era menos horrible que el vetusto Tuliano, situado cerca del Capitolio, estaba, en cambio, más severamente guar-

(1) Equivale á «¡Tú sí que eres un estúpido!». — Los habitantes de Abdera, antigua ciudad de Tracia, eran tenidos por imbéciles.

dada, y porque no podía escapar á su perspicacia que Ligia había sido trasladada allí para evitar que muriese de la fiebre, esto es, de que escapase al martirio.

— Es evidente — pensaba — que el César y Tigelino la reservan para servir de protagonista en algún horrendo y singular espectáculo, y Vinicio, con sus esfuerzos, sin salvar la vida de su amada, pondrá en riesgo la propia.

También el tribuno había perdido toda esperanza en los medios humanos. «Solamente Cristo puede salvarla» concluyó después de haber meditado hondamente sobre ello; y desde entonces ya no pensó sino en inventar un ardid para ver á su prometida. El procedimiento seguido por Nazario para comunicarse con los cristianos de la cárcel Mamertina le sugirió la idea de entrar en la del Esquilino valiéndose de la misma estratagemma. Por una suma considerable, el inspector del servicio de enterramientos en las fosas comunes consintió en alistarse accidentalmente á la brigada de jornaleros que todas las noches enviaba á las cárceles para transportar los cadáveres. De noche, vestido de esclavo, á la débil luz que mezquinamente alumbraba la cárcel, había de ser casi imposible reconocerle; y además, ¿á quién podría ocurrirsele que un patricio, descendiente de cónsules, se vistiese tan humildemente y anduviese entre mozos del servicio de enterramientos expuesto á los peligros de los insoportables miasmas de la cárcel y de los *puticuli*, ejerciendo un oficio que solamente aceptaban las personas á ello constreñidas por la esclavitud ó la extrema miseria?

Vinicio, en cuanto llegó la suspirada noche, vistiéndose con verdadero júbilo la tosca almilla, se puso encima de la cabeza el paño impregnado de aceite de trementina, á manera de rodete, que llevaban los transportadores de cadáveres, y, latándole con fuerza el corazón, encaminóse con sus compañeros de oficio á la cárcel del Esquilino, donde la guardia pretoriana les dejó pasar sin dificultad, después de haber examinado el centurión á la luz de la linterna, una por una, las contraseñas que llevaban los enterradores.

Abriéronse las enormes puertas de hierro, y á los pocos pasos Vinicio se encontró en un vasto subterráneo abovedado, del cual, por aberturas angostas, se pasaba á otros semejantes. La pálida luz de una linterna, suspendida de la bóveda, alumbraba apenas el interior, lleno de presos. Unos yacían arrimados á las paredes, al parecer dormidos, quizás muertos; otros se agru-